

ción completa y su frente estaba cubierta de gruesas gotas de sudor.

—¡Pero qué cosas se te ocurren!—exclamó Polaniecki:—no te atormentes con semejantes pensamientos.

Pero Bukacki continuó:

—Yo poseo una fortuna importante. Una parte de ella te la dejaré á tí y el resto lo destinaré á fines de utilidad pública. Tú y Bigiel sois unos caballeros y os encargaréis de este trabajo, á mí no me queda el tiempo necesario para hacerlo. ¿Aceptas?

—Haré todo lo que tú desees.

—Gracias. ¡Cuán extraños son estos reproches, que uno se dirige á sí mismo!... Mas yo no puedo convencer á mi conciencia de que no tiene culpa. Me voy al otro mundo sin tener nada en mi activo... Esto tiene una gravedad aterradora... oscura como la noche... sin el menor rayo de luz... y se tiene que podrir, que descomponerse. ¿Tú crees?

—Yo no puedo decir sí ni no. He hecho burla de la divinidad, como de todas las demás cosas. Sin este peso encima de la conciencia, tal vez estaría más tranquilo... Me imagino ser una abeja que ha cometido la estupidez de saquear su propia colmena. Bien es verdad que no me lo he comido todo, la mayor parte se me la han llevado los objetos de arte que te dejaré á tí... ¡Con cuanto gusto viviría aún! Me contentaría con uno, á lo menos con el tiempo suficiente para no tener que morirme aquí... ¡Es tan dulce morir en la patria!

Muy adelantada estaba ya la noche cuando Pola-

niecki regresó á su alojamiento. Durante toda la semana no hubo alteración alguna en el estado de Bukacki, y sus amigos habían resuelto hacerle trasladar á Varsovia para secundar su vivo deseo, pues á cada instante recordaba á su patria y á la señora Emilia. Pero en la víspera del día que se había fijado para su partida, el enfermo perdió completamente el uso de la palabra.

A Polaniecki se le desgarraba el corazón á la vista de aquel desgraciado, cuyos vivaces ojos expresaban á veces una profunda inquietud y otras veces una muda plegaria. Al anochecer un nuevo ataque apoplético le dejó sin vida. Fué enterrado provisoriamente en el Campo Santo, porque Polaniecki estaba íntimamente convencido de que aquellas miradas mudas querían expresar el deseo de que sus restos descansaran en su patria.

XXXVII

—¿No te pregunto si eres feliz?—dijo Bigiel á Polaniecki, cuando éste estuvo de vuelta en Varsovia. —Con una mujer como Marina se tiene que ser feliz á la fuerza.

—Tienes razón,—respondió Polaniecki;—Marina es la mejor de las esposas. Los dos estamos contentos.

Dirigiéndose luego á la señora Bigiel, prosiguió:

—¿Se acuerda usted de que yo tenía miedo de casarme con una mujer que pretendiera que yo fuese todo para ella y que se figurara que debía hacerse dueña absoluta no sólo de todos mis sentimientos, sino de hasta mis mismos pensamientos? ¿Se

acuerda usted de cuando trataba de persuadirla de que el amor por una mujer no debe absorber por completo la actividad de un hombre hasta el extremo de perjudicar sus propios intereses?

—Sí, pero recuerdo también que yo le respondí á usted y le demostré que el amor por mis hijos, con todo y llenar todo mi sér, jamás, ni por un sólo instante me había privado de cuidar de mis quehaceres domésticos. Usted habla de los sentimientos como si fueran cosas materiales que se pueden manejar.

—Mi mujer tiene razón,—apoyó Bigiel,—y es sostener una falsedad, querer comparar los sentimientos y las ideas con las cosas materiales.

Polaniecki le miró sonriéndose, y exclamó con tono jovial:

—¡Tú cállate esclavo de la mujer!

—¿Qué importa vivir en la esclavitud si el esclavo se siente feliz?—replicó Bigiel.—Por lo demás no hay que cantar victoria, dentro de poco compartirás conmigo igual destino.

—¿Yo?

—Sí, sí, tú. Nada podrás oponer al imperio del amor.

—Se puede estar enamorado sin que por eso haya necesidad de que la mujer nos haga bailar á su capricho. Os confieso con toda sinceridad, que no sabría encontrar palabras suficientes para elogiar á Marina. La amo con tanta mayor razón, cuanto que ella está contenta del cariño que le demuestro, porque no pretende ser mi ídolo, mi única divinidad. Dios me ha librado de una mujer de esas que tienen la pretensión de que el hombre sea una pro-

piedad suya absoluta, y de que no pueda cuidarse de nadie más que de ella. Una mujer semejante se me habría hecho insoportable.

—Créame usted, señor Estanislao,—repuso la señora,—respecto á esto, todas las mujeres somos iguales; y ninguna hace excepción; al principio nos contentamos con la poca que se nos concede, pero después...

—Después ¿qué?—interrumpió Polaniecki con tono sarcástico.

Después las mujeres se entregan á cierta cosa que para vosotros los hombres es una palabra sin importancia; pero que en cambio para nosotras representa una verdadera necesidad para poder seguir viviendo.

—¿Cuál es esta palabra mágica, este talismán?

—La resignación.

Polaniecki se echó á reír y replicó:

—Bukacki sostenía que las mujeres se adornan con la resignación como lo hacen con un sombrero que les siente bien.

—Puede ser. Tal vez sea un vestido, pero, con ella, se va más fácilmente al cielo, que con otra cosa.

—Entonces mi Marina está destinada á condenarse, porque espero que no podrá llegar á ganarse el Paraíso por este medio. Me ha prometido que estaría aquí, más, por lo visto, debe haberse retardado.

—Tal vez su padre no la ha dejado marchar tan pronto. Por lo demás, puede usted quedarse á comer aquí.

—Con mucho gusto,

—Tenemos otro convidado. Dispéñseme usted un momento, voy á ordenar que pongan dos cubiertos más,—dijo la señora Bigiel alejándose muy rápidamente.

—¿Qué convidado es ese?—preguntó Polaniecki á Bigiel.

—Zavilovski, un nuevo corresponsal de nuestra casa de comercio.

—¿Quién es ese Zavilovski?

—El ilustre poeta. ¡Del Parnaso á la correspondencia comercial! Es un hombre muy activo, pero con los versos y las rimas no ganaba con que quitarse el hambre de encima. Al principio estaba indeciso entre admitirlo ó no, pero me venció su franqueza. Me confesó que para él era una cuestión del pan de cada día, y me dijo claramente que aún cuando conocía tres idiomas no se veía capaz de hablarlas, y mucho menos de sostener una correspondencia comercial.

—Son pequeñeces,—observó Polaniecki,—en unas cuantas semanas podrá aprender; pero temo que, como este no es su oficio, se cansará pronto.

—Tiene que empezar á trabajar dentro de tres días, y le he adelantado tres meses de paga, porque he comprendido que le urgía mucho el tener dinero.

—¿Según eso, carece enteramente de recursos?

—Indudablemente, le pregunté si era pariente del viejo Zavilovski, á quien tú conoces, y que es muy rico; púsose colorado y me contestó que no; pero yo estoy convencido de lo contrario. ¿Qué quieres? Algunos reniegan de sus parientes porque son pobres; en cambio otros no los quieren recono-

cer porque son ricos. ¡Caprichos! ¡siempre el maldito orgullo! Por lo demás, me parece que te gustará. A mi mujer le es muy simpático.

—¿Quién es ese que le es tan simpático á tu mujer?—preguntó la señora Bigiel que reaparecía en aquel instante.

—Zavilovski.

—Precisamente he leído su hermosa poesía, *En el umbral*. Parece que quiere ocultar algo en su vida.

—Quiere ocultar su propia pobreza, y esta pobreza es precisamente lo que le ha tenido siempre en la obscuridad.

—¡Oh, no! Creo por el contrario, que ha sufrido graves desengaños.

Polaniecki se había distraído y no prestaba atención, al diálogo de los dos esposos: miraba con impaciencia el reloj, y al fin, exclamó con tono colérico:

—¡Pero Marina se hace esperar demasiado!

En aquel preciso momento entraba la culpable. Polaniecki la dijo que se quedaba á comer, y Marina recibió con gusto la noticia.

Zavilovski, no se hizo esperar, Bigiel le presentó su socio.

El joven poeta, hombre de aspecto nervioso, podía tener unos veintisiete años, tenía los ojos pensativos, la barba saliente, lo cual le daba cierto parecido con Wagner, la frente espaciosa y tan blanca, que bajo su delicada piel se distinguían las venas, representando con toda claridad la letra I del alfabeto. Era de estatura más que regular y parecía moverse embarazosamente.

—¿De modo que dentro de tres días seremos compañeros de trabajo?—le dijo Polaniecki.

—Eso es, mi señor principal,—contestó el joven, serviré en vuestro despacho.

Polaniecki se rió.

—Omitamos lo de *señor principal*,—replicó.—Por más que, tal vez á mi cara mitad le pueda halagar este nuevo título.

Y volviéndose á su esposa, añadió:

—Marina, ¿te gustaría oírte llamar la *señora principal*?

Zavilovski se hallaba sumamente perplejo, pero no pudo menos que reírse, cuando Marina, respondió:

—No, porque se me figura que una *señora principal* tendría que llevar una cofia tamaña así.

Al decir esto, señalaba con las manos el tamaño.

—Y yo,—continuó no puedo soportar las cofias.

Zavilovski empezaba á sentirse más á sus anchas entre aquellas personas sencillas y expansivas, pero se halló de nuevo apurado cuando Marina le preguntó:

—Para mí es usted un conocido antiguo, puede casi decirse que acabamos de llegar y ya me he enterado en casa del librero de si tenía alguna otra novedad suya. ¿Ha publicado usted, algo nuevo?

—No, señora: para mí la poesía es como la música para el señor Bigiel. Sólo escribo versos en mis ratos perdidos y para mi exclusiva diversión.

—Lo dudo,—dijo la señora Polaniecki.

Y tenía razón. A Zavilovski le parecía que así daba á entender que le gustaba su empleo de co-

rresponsal de la Casa, y que deseaba que se le considerara como empleado y no como poeta. Por otra parte, á pesar de que era joven aún, obrando al revés de ciertos poetas barbilampiños que se tienen por hombres de genio, evitaba ponerse en evidencia. Nada temía tanto como ponerse en ridículo, y este temor era el que precisamente le hacía caer en el extremo opuesto. Avergonzábale casi de sus poesías, y cuando se persistía en hacer elogios de su estro poética, hasta llegaba á enojarse.

Durante la comida, animóse más la conversación. Polaniecki y Marina refirieron los episodios de sus viajes á Italia. Hablaron también de los hombres que habían conocido allá y especialmente de Bukacki y de sus últimas disposiciones testamentarias, de las cuales, según declaró Polaniecki, tenía éste que hablar con Bigiel. Como Bigiel había sido discípulo del señor Ornovski, escuchó con interés lo que los dos esposos le contaron de él y de su mujer.

—Este señor se distingue por una particularidad, por su idolatría hacia su mujer y por el temor de volverse grueso.

—Pero si está muy flaco,—observó Marina.

—Dos años atrás notó que tenía predisposición por la obesidad. Y empezó inmediatamente á correr en bicicleta, á ejercitarse en la esgrima, en la natación y á beber agua de Carlsbad; así ha logrado conjurar el peligro. Su mujer no puede soportar los hombres gordos, y por esto tiene decidido empeño en estar flaco. Y por igual motivo frecuenta todos los bailes posibles y pasa noches enteras bai-

lando. De su mujer no está solamente enamorado, sino que está loco por ella. Cuenta las miradas que ésta se digna dirigirle durante el día, y no se contenta únicamente de besarle las manos, sino que cuando está sola, hasta besa sus guantes.

—¡Qué delicioso es esto!—exclamó Marina.

—¿Te gustaría que yo fuese así?—la preguntó su marido.

Ella reflexionó un instante y luego respondió:

—No, porque serías diferente de lo que eres.

—¡Una respuesta digna de Maquiavelo!—exclamó Bigiel.—Es á un mismo tiempo un elogio y un reproche. Reconoce que su marido le gusta tal como es, pero que podría ser algo mejor, reflexiona bien, sobre todo esto, mi joven amigo.

—Lo que es yo, considero esta respuesta como un elogio,—dijo Polaniecki,—por más que usted, señora,—agregó dirigiéndose á la señora Bigiel,—podría tomarla como un acto de resignación.

Aquí el diálogo tomó otro giro y fué á caer sobre Masko y su mujer. Bigiel contó, entre otras cosas, que el hábil abogado había sido nombrado por algunos lejanos parientes y herederos de la señora Plaszovski, apoderado para demostrar la nulidad de su testamento, y que en el caso en que Masko ganase la causa, era seguro que embolsaría una cantidad fabulosa.

—Masko hace siempre como los gatos,—dijo Polaniecki;—cae siempre de pies.

—Esta vez,—dijo Bigiel,—debe rogar á Dios de que no se abra la cabeza. Se trata, para vosotros y para el señor Plavicki de una cantidad que vale la pena. Tan sólo la hacienda dejada por la señorita

Ploszoski está evaluada en setecientos mil rublos, sin contar el dinero en efectivo.

—Si heredamos algo, será para nosotros una fortuna verdaderamente inesperada,—dijo Polaniecki.

Pero Marina, á quien no gustaba esta conversación, dijo con viveza:

—No me agradan estas cosas. La herencia estaba destinada á obras de beneficencia, y no encuentro justo oponerse á la voluntad de la difunta en perjuicio de los pobres. El sobrino de la señorita Ploszovski se ha suicidado, y de consiguiente es probable que ésta al dictar su nuevo testamento haya pensado en la salvación del alma de su sobrino al utilizar un medio que podría hallar gracia á la presencia de Dios en pró del infeliz suicida. A mí, esta idea de impugnar el testamento, me es completamente antipática.

—¡Qué decidida eres!—observó Polaniecki.

—Dime, Stach, ¿acaso no tengo razón?

—Indudablemente. Pero, ¿qué quieres hacer si Masko gana?

—Me gustaría que perdiera,—replicó Marina con enérgico tono.

—Eres demasiado resuelta,—la dijo su marido.

—¡Qué criatura tan noble y tan buena!—pensó Zavlilovski fijando sus ojos llenos de admiración en la joven esposa.

Después de comer Bigiel y Polaniecki se retiraron á una habitación inmediata para fumar y beber una taza de café, y para hablar de la manera como habían de disponer de los bienes dejados por Bukacki.

Zavlilovski que no era fumador se quedó en el co-

medor con las señoras. Marina, como *principal* se creyó en el debe de mostrarse amable con el futuro dependiente de la Casa y por lo tanto se acercó al joven poeta y le dijo:

—La señora Bigiel y yo puede decirse que formamos parte de una misma y gran familia y espero que usted pronto querrá también considerarse como uno de los nuestros.

—Con mucho gusto,—contestó Zavilovski—será un gran honor para mí el encontrarme algunas veces en tan preciosa compañía.

—A esos hombres de negocio, yo les he conocido el día mismo de mis bodas. Sus ocupaciones hacen que se olviden de nosotras, y por lo tanto, necesitamos atraérnoslos. Mi marido ha propuesto que nos reunamos todas las semanas un día en casa de Bigiel y otra en nuestra casa. Esta proposición la encuentro buena, pero quisiera fijar una condición.

—¿Cuál?—preguntó la señora Bigiel.

—Que en estas reuniones no sea permitido hablar de negocios. Haremos música; el señor Bigiel toca muy bien, y algunas veces podremos leer también poesías como por ejemplo, *En el umbral*.

—Pero no en mi presencia,—observó Zavilovski esbozando una forzada sonrisa.

—¿Por qué no?—preguntó Marina con el aire sencillo é ingenuo que le era habitual.—En un círculo de amigos puede usted leer sus poesías. Créame usted, antes de que le conociéramos habíamos hablado ya muchas veces de usted.

Zavilovski se sintió completamente desarmado. El temor de hacerse ridículo había desaparecido. Marina producía en él un efecto tranquilizador.

¡Había tanta delicadeza en lo que pedía! La presencia de aquella mujer le hechizaba como había hechizado en otra ocasión al pintor Svirski, y como estaba acostumbrado á expresar poéticamente sus pensamientos, resucitó el poeta.

Marina, para demostrarle el vivo interés que por él sentía, le pidió noticias de su familia, con lo cual lo puso inconscientemente en gran apuro.

El padre del poeta había sido un gran jugador. Había llevado una vida desarreglada, y había acabado por ser recluso en un manicomio.

Afortunadamente para el joven poeta, en aquel momento reaparecieron Bigiel y Polaniecki sacándole del conflicto de tener que dar una respuesta.

—Es una idea magnífica,—decía Polaniecki, mientras cruzaban el umbral de la puerta,—y voy á ponerla en seguida en ejecución. Mas ahora pensemos en otra cosa. ¿Qué dirías si te pidiera que tocaras alguna cosa bonita?

Bigiel contestó que estaba dispuesto á hacerlo y yendo á buscar su cítara, empezó á tocar, con los ojos medio entornados, la *Canción de la Primavera*.

Zavilovski volvió muy tarde á casa, entusiasmado de la acogida que había tenido, de la sencillez y costumbres de aquellas familias, de la *Canción de la Primavera*, y sobre todo de la señora Polaniecki.

XXXVIII

Ocho días después del regreso de los esposos Polaniecki, los señores Masko les fueron á visitar. La señora Masko, vestida con traje de seda gris, pare-

cia más graciosa que nunca. La inflamación de los ojos que la fastidiaba cuando era niña aún, había desaparecido por completo. Únicamente seguía siendo la misma la expresión de su semblante. Llévavale á Marina casi cinco años de ventaja, pero parecía haberse rejuvenecido y su cuerpo conservaba las huellas de la juventud. El mismo Polaniecki la encontró tan atractiva, que hasta su voz monótona ejercía sobre él cierta fascinación.

Masko parecía dichoso y contento de sí mismo y de su esposa, jamás se había sentido tan dichoso como ahora, y todas sus miradas denunciaban el amor que profesaba á su mujer.

Por lo demás, difícilmente habría hallado otra mujer que reuniera, como aquella, todas las condiciones deseadas por él, sobre el gusto, el aspecto y la manera de conducirse en sociedad. Su aire tranquilo, las maneras distinguidas que empleaba hasta cuando se hallaba sola con él, le habían subyugado y él, verdadero *parvenu* sentíase profundamente honrado con poseer una *princesa* semejante. Cuando Marina le preguntó donde había pasado la luna de miel, la señora Masko respondió con dignidad:

En las posesiones de mi marido.

—¿Le gusta el campo?

—Mamá prefiere la vida del campo á cualquier otra,—respondió la señora Masko.

—¿Y le ha gustado á usted Kerzemien?

—Sí; mi marido tiene intención de reconstruirlo.

Marina respiró involuntariamente y sintió una especie de desahogo cuando la conversación tomó otro giro y se empezó á hablar de las relaciones que les eran comunes.

La señora Masko conocía perfectamente á la señora Ornovski por haber tomado lecciones de baile con ésta y con una prima suya, una tal Lineta Castelli.

Entre tanto los dos maridos estaban sentados en una habitación inmediata y hablaban del testamento de la señora Ploszovski.

—Debo confesarte,—decía Masko,—que ahora puedo respirar al fin. Hacía muchos años que no se me había presentado una ocasión como esta. Aquí se trata de millones. Ploszovski era aun más rica que tía: él había dejado su fortuna á la señora Kromicki; pero habiendo ésta renunciado á la herencia, todo fué á parar á las manos de la vieja señora Ploszovski. ¿Comprendes ahora cuan colosal es la fortuna que intentamos recuperar?

—Bigiel la ha estimado en unos setecientos mil rublos.

—Dile á Bigiel que á lo menos será el duplo. ¿Sabes á quien debo el que mi buena estrella haya vuelto á resplandecer? Se lo debo á tu suegro: él fué el primero que me habló del testamento. Al principio, rehusé; pero luego, cuando me encontré con el agua al cuello, comencé á reflexionar sobre ello y le hice sacar una copia del testamento por el notario Viszinski; y á la primera ojeada observé que había en él no pocos defectos de forma. Antes de que hubiesen pasado ocho días, los herederos me concedieron plenos poderes y se entabló la causa. ¿Y sabes lo que pasó? Se supo la fabulosa recompensa que debía recibir en el caso de que se ganara el pleito; la gente recobró su antigua confianza en mí; mis deudores declararon que espera-

rían hasta la terminación del proceso, reconquisté todo mi perdido crédito y me he salvado.

—¿Crees sinceramente que la causa sea buena?

—Tú sabes mejor que yo que un abogado astuto puede dar siempre al curso de un pleito un giro favorable á sus intereses y á los de sus clientes.

—¿De modo que confías en ganar?

—Cuando se confía en invalidar un testamento, casi siempre se tienen ventajas; además el ataque suele ser mucho más enérgico que la defensa. Los establecimientos benéficos son corporaciones que se mueven con mucha lentitud y á sus individuos no les aguijonea el interés personal. ¿Qué le darán al abogado que los defenderá? A duras penas lo que la ley les quiera asignar. Ese abogado tendrá más interés en perder, porque quizás puede depender de mí el que se haga una transacción con él. Ten en cuenta que hasta en cosas referentes á la justicia, gana, como en la vida, la parte que procede con mayor energía.

—Pero te verás sencillamente vituperado por la opinión pública si logras hacer anular el testamento.

—Tu mujer es una escepción.

—No en absoluto, porque hasta yo mismo no encuentro esa cosa muy de mi gusto.

—En mi modo de pensar, creo que un poco de impopularidad más aprovecha que daña á un hombre *comme il faut*. Si pierdo el proceso, se me lapidará; pero si lo gano, créeme, seré tenido por una de las cabezas más finas de la ciudad. Y ganaré.

Masko habría continuado en espresar su opinión, si Polaniecki no le hubiera propuesto que volvieran

al salón, donde se hallaba ya Zavilovski con las señoras.

Polaniecki les quiso enseñar las fotografías que había traído de Italia. Estendióse toda la colección encima de la mesa; pero el joven poeta estaba tan absorto en contemplar el retrato de Litka, que no atendía á nada más.

—Jamás me habría figurado que fuese un retrato,—dijo al fin volviéndose á la señora Polaniecki; —¡qué cabeza tan admirable y qué expresión! ¿Es hermana vuestra?

—No,—respondió Marina;—he amado mucho á esa niña. ¡La pobrecita no existe ya!

Estas palabras acrecentaron todavía más el interés de Zavilovski. Volvió aún á contemplar en silencio las angelicales facciones de Litka y dijo:

—Le he preguntado á usted si era su hermana, porque encuentro cierto parecido en los ojos y en la expresión.

Polaniecki tenía una veneración tal por la muerta que las palabras del poeta le parecieron una profanación. Quitóle la fotografía de las manos y la volvió á colocar en su sitio y con descortés viveza dijo:

—No hay tal: no existe ni el más remoto parecido. ¿A quién se le ocurre hacer semejantes comparaciones? No se le parece ni en un sólo rasgo.

Marina se sintió ofendida, pero contestó con sosegado acento:

—Soy de tu opinión.

Mas Polaniecki no estaba satisfecho todavía, y volviéndose á la señora Masko dijo:

—¿Ha conocido usted á Litka?

34995

— Sí.

—Es verdad; usted la ha visto en casa de los señores Bigiel.

—Eso es.

—Pues bien, ¿ha encontrado usted que aquella niña tuviera algún parecido con mi esposa?

—No.

Zavilovski miró sorprendido á Polaniecki; este, á su vez, contemplaba á la señora Masko cuya graciosa figura aparecía aun más elegante y fina con su vestido de seda y pensó:

—¡Qué mujer tan regia!

Los esposos Masko no tardaron en marcharse. Cuando el abogado se despidió, llevóse á los labios la mano de Marina y dijo:

—Dentro de poco he de salir para Petersburgo. ¿Querría usted ir alguna vez durante mi ausencia á hacer compañía á mi esposa?

Durante el té, Marina rogó al joven poeta que leyese la poesía *En el umbral*. Este no se hizo de rogar, y hasta después de aquella leyó otras, El mismo estaba sorprendido de su audacia, y después que sus oyentes le hubieron aplaudido, dijo:

—Les confieso á ustedes, y hablo formalmente, que entre ustedes me siento tan animoso, á pesar de que sea tan sólo la tercera vez que nos hallamos juntos, como si los conociera de muchísimo tiempo.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki dijo:

—Es verdaderamente una persona agradable. ¿Has visto cómo ha cambiado?

—Sí, se ha cortado el pelo,—contestó Marina.

—Es verdad, parece que tiene la barba más espesa,—añadió Polaniecki.

Después se levantó, y tomando el retrato de Litka dijo:

—Quiero llevarlo á mi despacho.

—Pero si allí tienes ya el otro retrato.

—Sí, pero no quiero que cuantos vienen aquí tengan el derecho de meterse á hacer comparaciones sobre él. Esto me desagrada.

—Es verdad, Stach,—respondió Marina.

XXXIX

A Polaniecki le aguijoneaba un nuevo deseo, deseo tan viejo como la misma humanidad; el de ser propietario.

Hacia algún tiempo ya que estaba madurando la idea de construir una gran casa en la ciudad; pero luego, pensando que tendría que alquilar una parte para sacar el interés del capital empleado, y que de esta manera la casa no sería enteramente suya, abandonó este proyecto y después de maduras reflexiones se decidió á comprar, como lo había hecho Bigiel, una pequeña finca en los alrededores de la ciudad.

Apenas se supo que tenía ganas de comprar una finca al contado, llovieron de todas partes las ofertas. Con frecuencia se veía obligado á hacer una excursión para visitar las quintas disponibles y como recibía gran número de cartas y planos que tenía que leer y estudiar, hallábase ocupado todo el día y únicamente por la noche podía estar al lado de Marina.

Cuando ésta le preguntó á qué venía todo aquel mareo, la contestó:

—En cuanto haya concertado algo, te lo diré. Por ahora, quiero callar, porque de no hacerlo así, obraría contra mis propias costumbres.

Mas ella no tardó en saber de lo que se trataba por la señora Bigiel, á quien su marido nada sabía ocultar.

Marina también deseaba poseer una casa, pero jamás se había atrevido á decir una palabra al señor Stach. Su delicadeza la impedía ser la primera en hacer esta proposición.

En cuanto á él, no lo hacía con mala intención, sino sencillamente porque no consideraba oportuno hablar con ella de asuntos de intereses. Tal vez habría sido muy distinto si su esposa hubiese traído dote, si él hubiera tenido la administración de un capital que hubiese pertenecido á ella. A Bigiel le confiaba todos sus asuntos, pero con su mujer sólo hablaba de cosas que á su modo de ver podían interesar á una señora y de consiguiente, entre otras, de las personas con quienes se acostumbraban á frecuentar.

En casa de Masko habían estado ya; ahora estaban indecisos sobre si debían ó no hacer una visita á los señores Osnavski, que habían regresado del extranjero, y que tenían intención de quedarse en Varsovia hasta fines de Junio. Marina sostenía que no podían prescindir de hacerla, mas Polaniecki no quería dejarse persuadir.

Sin embargo, algunos días después, como Marina se hubiese encontrado con los esposos Osnavski, y estos la hubiesen invitado con extraordinaria cordialidad á renovar sus relaciones, Polaniecki se decidió al fin á acompañar á su mujer á casa de ellos.

Con esta ocasión, trabaron relaciones con la señora Bronicz y con su sobrina Lineta Castelli, que habían venido á Varsovia para el carnaval de verano. Ocupaban estas una parte de la quinta que el señor Bronicz se había reservado para su mujer en la escritura de venta de dicha quinta, hecha á favor del señor Osnavski.

La señora Bronicz hablaba sin cesar de su marido, como único pariente del conde Strovski y como último vástago de los Burikovicz. Llamábasela por sobrenombre la *Meliflua*, por sus maneras extremadamente ceremoniosas. Contábanse además cosas estúpidas sobre su habilidad en decir mentiras.

La señorita Castelli era hija de una hermana suya que, con gran escándalo de la familia y de toda la población se había casado con un maestro de música italiano. La pequeña Lineta, al quedar huérfana fué recogida y educada por la señora Bronicz. Lineta con sus facciones regulares, sus ojos azules, sus cabellos de un rubio dorado y la tez extraordinariamente fina y delicada, pasaba por una belleza. Sus larguísimas pestañas le daban una expresión de languidez.

Los Osnavski habían venido á Varsovia con la intención de divertirse. La señora Anetka no había estado en Roma sin un objeto determinado.

—Arte y siempre Arte,—le dijo ésta á la señora Polaniecki,—es lo único que me interesa.

Luego hablé de un proyecto suyo de abrir una sala romana; pero no dijo que esperaba llegar á ser la Beatriz de algún Dante ó la Laura de algún Petrarca.

—Nosotros—continuó diciendo,—tenemos un jardín magnífico, y queremos resucitar las *serate* romanas y florentinas.

Y levantando al aire ambas manos, y empezando á gesticular y á agitarlas en el espacio, prosiguió:

—Ya sabéis: un crepúsculo, un ocaso dorado, un poco de luna, algunas lámparas y la sombra de algunos árboles; nos sentamos, se forman corros y se habla en voz baja de arte, de vida y de sentimientos. Es mejor esto que las acostumbradas tertulias donde se habla de cosas inútiles. Jozio, tal vez te aburrirás; pero no te enfades por eso, sacrificate por amor mío: por lo demás, vas á ver qué gracioso será.

—Mi adorada Anetka, lo que á tí te divierte no me puede aburrir á mí,—contestó Osnavski.

—Tenemos que hacer esto mientras Lineta está aquí: esta es una consumada artista. ¿Qué te parece mi proyecto?—añadió volviéndose hacia la joven.

Lineta se contentó con sonreír lánguidamente, y la señora Osnavski continuó:

—Nos construimos aquí en casa una pequeña Italia y, si la prueba nos sale fallida, en el invierno próximo escapamos de nuevo para el divino país, y abrimos en Roma nuestro salón, ¡Si supieras cuántas copias de cuadros y de esculturas me ha comprado mi Jozio! Le estoy muy agradecida, porque yo me vuelvo loca por los objetos de arte. Son objetos de gran valor, porque, aun cuando mi marido no entiende de arte, fueron bien escogidos, por haber tenido el buen sentido suficiente para pedir á este fin consejos al pintor Svirski. A propósito,—

prosiguió volviéndose de improviso hacia Marina, ¿sabéis que tenéis entusiasmado á Svirski? Desde que os marchasteis, no ha cesado de recordaros y hasta ha pintado una Virgen á la cual le ha dado vuestra misma cara. Previendo estoy que os convertiréis en una segunda Fornarina: sois afortunada con los artistas.

—A propósito de caras que causan impresión á los artistas, púsose á decir la señora Bronicz,—dirigiendo á Marina una mirada desdenosa, quiero referirle lo que nos ha acaecido en Niza.

—Pero, tía,—interrumpió la señorita Castelli.

—Pero si es verdad, hija mía, y lo que es verdad, se puede referir siempre. Dos años atrás, no hace tres años... ¡es increíble la rapidez con que pasa el tiempo!... Decía pues que tres años atrás...

La señora Anetka, que había perdido la cuenta de las veces que oyera la historieta de Niza, la interrumpió bruscamente, diciendo á la señora Polaniecki.

—¿Tiene usted muchas relaciones entre los artistas?

—No, apenas conozco al señor Zavilovski.

Esta noticia entusiasmó á la señora Osnovski.

—Siempre he tenido vivos deseos de conocer á ese gran poeta,—dijo con voz entrecortada por la emoción:—Yozio lo puede decir. Repetidas veces hemos leído Lineta y yo su poesía *Ex imo*, y Lineta, que sabe expresar con una sola palabra bien apropiada una impresión, me dijo... ¡una frase tan característica!... esperad.

—Que rebosaba del corazón,—completó la señora Bronicz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
1900 REYES
MEXICO

—Eso es: que rebosaba del corazón. ¿Que aspecto tiene el señor Zavilovski.

—Es pequeño,—le contestó Polaniecki;—grueso, rayano en los cincuenta, y no tiene ni un pelo en la cabeza.

Al oír estas palabras la señora Osnovski y Lineta cambiaron una mirada de desilusión; pero Marina, riéndose con toda su alma, les dijo:

—No le crean ustedes señoras; es un mentiroso-illo que es muy aficionado á bromear. El señor Zavilovski es muy joven todavía, un poco tímido y se parece á Wagner.

—Tiene una barba,—dijo Polaniecki;—como la de Polichinela.

La señora Osnovski no hizo caso de la interrupción de Polaniecki y rogó vivamente á Marina que le presentara el poeta lo más pronto posible!

—¡Qué par de caras tan bonitas!—dijo Marina á su esposo mientras bajaban la escalera de la casa de los señores Osnovski.

—No sé que te diga,—respondió Polaniecki.—La señora Osnovski puede tenerse por una mujer hermosa, pero yo prefiero la señora Masko. La señorita Castelli se lleva verdaderamente la palma sobre todas; pero he observado que, mientras todos se afanaban en hablar de ella, ella no ha abierto la boca ni una sola vez.

—Pasa por una muchacha inteligente,—repuso Marina:—puede ser que sea muy tímida, como Zavilovski. De todos modos, procuraré que esos dos jóvenes se conozcan recíprocamente, mañana mismo.

Pero Marina no pudo realizar tan pronto su pro-

yecto. Al día siguiente, resbaló en la escalera y cayó tan mal, que se hizo una grave herida en la rodilla, y tuvo precisión de guardar cama algunos días.

Al principio Polaniecki se alarmó mucho; pero luego que el médico lo hubo tranquilizado, se enfadó con su mujer.

—Deberías pensar que ahora no se trata de tí sola,—le dijo.

Estas palabras entristecieron á Marina, tanto más, cuanto que la rodilla le dolía mucho. En vez de hacerle cargos infundados debía mostrarse disgustado de lo que había sucedido. Más poco después se reconcilió con él, que se mostró solícito, sin moverse de casa durante dos días para poderla curar. Antes de comer le leía algo, y después trabajaba en la habitación inmediata, dejando la puerta abierta para poder acudir en cuanto lo llamara.

A Marina le afectó mucho esta solicitud, y se la agradeció muchísimo.

—Niña mía,—respondió Polaniecki, dándola un beso;—cumpló sencillamente con mi deber; ¿no ves que no sólo los amigos, sino hasta los simples conocidos se interesan por tu salud, y diariamente piden noticias tuyas?

Y era verdad. Zavilovski en el despacho le preguntaba como estaba la señora. La señora Bigiel iba todas las tardes, y su marido todas las noches, no dejando de tocar el piano para que la enferma pudiera distraerse algo. Masko y su señora se contentaban con enviar sus tarjetas; pero la señora

Osnovski quiso absolutamente ver á la enferma. Permaneció á su lado dos largas horas y, según su costumbre, habló un poco de todo, pasando de un asunto á otro sin orden ni concierto.

—No puedo sacarme á Zavilovski de la cabeza, —dijo al fin antes de marcharse:—¿querrá usted creer que Jozio empieza á tener celos de él? ¡Pobre Jozio! Estoy convencida de que Lineta y él han nacido el uno para la otra: entendámonos, no Lineta y Jozio, sino ella y Zavilovski. Tú no conoces á Lineta, esta muchacha no se aviene con un estúpido. Así por ejemplo, no se casaría jamás con un Kopovski, aún cuando tenga cara de querubín. No he visto en mi vida cabeza tan idealmente bella; en Italia tal vez habré visto un cuadro con una figura tan admirable. Pero ¿sabes que me dice Lineta de él? *C'est un imbécile*. ¡Qué felicidad si empezaran por conocerse y acabaran por casarse! Naturalmente, me refiero á Lineta y á Zavilovski. ¿Qué pareja harían? Un matrimonio joven y por amor es la cosa más hermosa de este mundo. Confío que no te habré cansado demasiado con mi charla. ¡Es tan agradable comunicar nuestras ideas y nuestras esperanzas á una persona amiga!

Cuando Polaniecki volvió á su casa, Marina le contó sonriéndose los proyectos de su nueva é íntima amiga.

—En el fondo,—añadió;—tiene buen corazón, y por esto me gusta; ¡pero cuán exaltada es, y que ideas tan extrañas le bullen en el cerebro!

—Es loca, no exaltada,—exclamó Polaniecki;—y eso es muy diferente. La exaltación va generalmente acompañada de un buen corazón, pero en

ella, por el contrario, la cabeza arde y el corazón está helado.

—Viendo estoy que no puedes sufrir á la señora Osnovski,—observó Marina.

Polaniecki, aún cuando reconocía la exactitud de esta observación, no contestó; pero en cambio contempló sorprendido á su esposa, que en aquel momento le parecía más hermosa de lo que solía serlo. Su graciosa carita se destacaba como una flor de entre de sus negros y espesos cabellos. Sus ojos profundamente azules tenían un brillo desusado, y á través de sus labios entreabiertos brillaban como perlas sus blancos dientecitos.

—¡Qué hermosa eres!—exclamó Polaniecki con acento de íntima convicción.

E inclinándose rápidamente sobre ella, la besó entusiasmado en los ojos y en la boca.

XL

Ocho días después, Marina había recobrado sus fuerzas, y pudo visitar á la familia Bigiel que había vuelto ya á su residencia de verano. Zavilovski les acompañaba, llevando consigo gigantescos cometas que trataba de hacer volar junto con Polaniecki y los niños,

Mientras estaban á la mesa Marina habló de los Osnovski, de la señorita Castelli y del interés que el había despertado entre ellas.

El joven poeta la escuchó tranquilamente y luego dijo:

—Bueno es saberlo. Por nada del mundo les haría una visita.